

#### IV ENCUENTRO DEL SR. OBISPO DE BILBAO CON LAS COFRADIAS PENITENCIALES DE LA VILLA.

Como cada año, tengo que manifestaros mi agradecimiento y mi respaldo por el trabajo que desarrollais durante todo el año y en Semana Santa. Que Dios nos bendiga este año con buen tiempo, como el pasado.

En esta ocasión quiero trasladaros la convocatoria del **Año de la Fe** que el Papa formuló el 11 de octubre de 2011 mediante el motu proprio Porta Fidei, y que dará comienzo en el próximo mes de octubre. Se trata de que veais cómo llevarlo adelante en vuestro ámbito.

Este acontecimiento se celebra con ocasión del 50 aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, aquel evento eclesial de excepcional importancia. Pio XII, gran potencia espiritual e intelectual no llegó a verlo oportuno, pero lo hizo un Papa sencillo, el Beato Juan XXIII. Se desarrolló durante 3 años, desde 1962 hasta su conclusión en la fiesta de la Inmaculada Concepción de 1965 y tocó aspectos fundamentales que cambiaron no la fe, sino el modo de vivirla.

Además de la conmemoración, o por ello, quiere el Papa una relectura actualizada de los documentos del concilio, durante los próximos tres años: las constituciones Dei verbum, Lumen Gentium, Sacrosanctum concilium, Gaudium et Spes; los Decretos Christus Dominus, Apostolicam Actuositatem...

Se trata de volver a contemplar el camino que arranca del Bautismo, día en que comienza la aventura de ser hijos de Dios. Nuestros padres nos dieron lo mejor que tenían, la fe. En la Homilía del Papa en la fiesta del Bautismo del Señor, en la Capilla Sixtina, decía que el bautismo es una opción educativa fundamental que va a configurar la vida del niño. Ese camino que se inicia en el bautismo tiene que ser acompañado y educado. Ha habido en nuestro tiempo un gran problema de transmisión de la fe. A veces han ayudados a los padres los abuelos y amas pero cuando aquéllos tienen nietos no toman el relevo.

Tenemos que redescubrir el camino de la fe. Quizá nos hemos quedado con aspectos secundarios que evocan la fe pero que no son la fe. Y en ocasiones ni siquiera se conoce lo más sencillo.

Las Cofradías teneis que alimentar la fe yendo a lo fundamental y no dar nada por sabido. Hay muchas carencias, muchas lagunas. Es necesario recomenzar. La primera necesidad es acercarnos a Cristo.

El año pasado, en la primera procesión en que salí con vosotros, me fijé en las personas que la presenciaban: no les deja indiferentes. Es muy importante que nosotros no veamos al Señor, sino que lo mostremos. La procesión es también un acontecimiento con gran poder de transmisión. Sed conscientes de que sois un medio para acercar a otros al Señor.

En el año de la fe, vinculado al Concilio Vaticano II, la Iglesia debe estar en constante conversión (y cada uno conversión personal, dejando lo que nos separa de Él) y atender

a la renovación sabiendo conservar lo genuino de la tradición (de tradere, entregar), lo que recibimos y debemos transmitir. Es responsabilidad de los Obispos, de acuerdo a las exigencias de cada momento. Tenemos que saber recibir, conservar, adaptar, renovar, acercarnos, entregar.

Tras esta introducción quiero proponeros cuatro puntos:

1. El gozo de la fe.. La experiencia cristiana es una experiencia gozosa. Nos llama a ser profundamente felices, y a dar razón de nuestra vida, a entenderla porque todo tiene sentido sobrenatural. La fe ilumina todas las circunstancias y llena de paz. También en los momentos difíciles, y más aún en los felices. La fiesta es un concepto de origen judeo-cristiano. El Señor nos llama a hacer fiesta, nos invita a descansar después del trabajo. La Cuaresma no es un período triste sino la celebración de la esperanza. Hay que saber transmitir esta alegría porque puede parecer que al Iglesia es triste o severa, y no es verdad. Contagiad el entusiasmo de la fe. Comunicad los elementos fundamentales de la fe con sencillez, alegría, entusiasmo. Este es un tiempo de gracia para profesar públicamente la fe. ¡Cuanto nos cuesta esto a los cristianos! Animad a los demás a hacerlo, no nos dejemos avergonzar por nuestra fe. Debemos intensificar la celebración de la fe en la liturgia y participando en la Eucaristía, “fuente y cumbre” de la vida cristiana (Sacrosantum Concilium nº 10). Y dar testimonio creíble a través de una vida coherente. Hay que vivir la fe, profesarla, comunicarla con gozo.
2. La fe, don de Dios.- No se llega a la fe solo por propia voluntad. Es un regalo, ciertamente impagable, que también nos sitúa ante el misterio de la increencia. Dios da la gracia para creer pero no violenta la libertad. Creer no es un acto sólo privado sino que tiene una dimensión comunitaria, en compañía de otros. Como las Cofradías: co-fraternidad que es lo mismo que hermandad, iglesia pequeña, comunidad cristiana para ayudarnos a creer. En el Credo proclamo mi fe yo junto a toda la asamblea. Es muy importante conocer los contenidos de la fe: ¿por qué podemos decir que la Virgen María es Madre de Dios? ¿por qué Cristo me puede salvar? Hay que saber explicarlo. Otro tanto con la vocación, con la vocación matrimonial: ¿por qué un hombre y una mujer? Esto no es un invento, la Iglesia no está para fastidiar a nadie. Y ¿por qué el sacerdocio, el celibato? Tenemos que conocer para fortalecer la fe porque, si no, puede devenir en superstición.
3. El valor enorme del Catecismo de la Iglesia Católica.- Es éste un instrumento de formación sólida y profunda. Está avalado por el Papa y por los Obispos. Hay que establecer un diálogo entre los contenidos del Catecismo y el pensamiento actual para proponer la fe. En este sentido es memorable el encuentro entre Jürgen Habermas y el entonces Cardenal Ratzinger. El Catecismo nos ayuda a poner la mirada en Jesucristo. Tenemos que dejarnos enamorar por Él, que sea el centro de nuestra vida.
4. Testimonio de santidad, fe y caridad.- No podemos tener miedo a la santidad; es nuestra vocación, la plenitud de la vida. El Papa nos propone el modelo de María, modelo de fe a la que no se le ahorró ninguna dificultad: recorre los caminos embarazada desde Nazaret, ha de huir a Egipto, seguir la vida pública d Jesús, estar al pie de la Cruz junto a su Hijo; y allí acepta ser nuestra madre.

Miremos también la vida de fe de los Apóstoles. La amistad con el Señor y el Espíritu Santo les transformó hasta ser capaces de ser testigos hasta el final y sufrir el martirio. Y la vida de fe de tantos hombres y mujeres a lo largo de la historia. Aquí cerca, en Bilbao, no hace mucho tiempo: el Hermano Garate, Rafaela Ibarra, Santa María Josefa,... Y nuestros patronos, Valentín de Berriotxoa, Ignacio de Loyola. Este es un año para intensificar nuestro testimonio de fe y de amor.

Termino: hemos de fortalecer nuestra relación con el Señor, ser signo vivo de su presencia en el mundo.

Algunas sugerencias para este año:

- Leer y meditar la carta del Papa.
- Intensificar la celebración de la fe en la liturgia, participar en la Eucaristía.
- Estudiar con más atención los documentos del Concilio Vaticano II, sobre todo los referentes a los laicos.
- Y, sobre todo para los jóvenes, el Catecismo.

Hemos de hacernos promotores de iniciativas que, de modo creativo y generoso, ofrezcan testimonio de nuestra fe. Todos los fieles, todo el pueblo cristiano, conscientes de haber recibido un tesoro que debe ser transmitido, con fe y caridad, en diálogo con todos.

Reflexionad sobre el documento y pensad qué se puede hacer dentro de cada Cofradía: renovar, cultivar; y cómo hacerlo: acercar, acoger.

Hemos de ser creativos, originales, transmitir la alegría de la fe boca a boca, porque las grandes convocatorias no funcionan tan bien. El Señor puede pescar con redes pero nosotros, uno a uno, con anzuelo. Recordad al paralítico de la piscina cuando le preguntan por qué no entra en la piscina curativa cuando se remueven las aguas: “no tengo a nadie”. Es muy duro que alguien pueda decir que nadie le ha ayudado. Hay que suprimir ese pudor que nos impide hablar de Dios: el pez no salta, hay que echar el anzuelo. Hace falta valentía, fortaleza, audacia para transmitir la fe, la llamada “parresía”.

Tenemos que amar la liturgia, que es un don tan grande que no nos lo podemos apropiarnos; hemos de ser servidores de la liturgia. Cuando se hace bien, la liturgia es una gran educadora y nos introduce en el Misterio de Dios.

En Bilbao, a 26 de febrero de 2012